



Paulo Freire

Cartas a quien pretende enseñar

Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2018



El célebre pedagogo Paulo Freire escribe a los docentes por vía epistolar diez misivas que tratan sobre las facetas educativas que, a su juicio, debería poseer todo enseñante en la actualidad. La escritura de Paulo Freire es aquí, al igual que ocurre con sus libros *Pedagogía del oprimido* y *Pedagogía de la esperanza*, un fuerte alegato a favor de la lucha contra la arrogancia cultural y en beneficio de prácticas de alfabetización democratizadoras, aquellas que en Brasil le acarrearón persecución ideológica y prisión tras el golpe militar de 1964 seguida de un largo exilio en otros países de América latina.

Es este un libro seleccionado para la biblioteca clásica del siglo XXI que esta editorial promueve con especial atención a las producciones del autor, pues Siglo XXI Editores ha publicado además otros quince libros del mismo, de los cuales también el género epistolar ocupa un

lugar preeminente en su estilo con los títulos *Cartas a Cristina. Reflexiones sobre mi vida y mi trabajo* y *Pedagogía de la indignación. Cartas pedagógicas en un mundo revuelto*. Ello está relacionado con la voluntad férrea de su teoría pedagógica de conmover al lector preocupado por la educación desde una apelación directa a su inteligencia para el avance de la emancipación social. La reedición reciente de sus escritos es prueba palpable de su vigencia intelectual para iluminar nuestro tiempo. En efecto, el conjunto de su obra se revaloriza, como todo clásico en pureza, con los años venideros del Siglo XXI. Tal es así que, desde 2017, el Archivo Paulo Freire ha merecido ser incluido en el programa Memoria del Mundo de la Unesco.

Con la expresión diáfana y audaz que le caracteriza, Paulo Freire se dirige a los maestros que cotidianamente orientan a los niños en las aulas, y rompe así el prejuicio de quien lo considera un ideólogo “antisistema” por el simple hecho de abominar de la educación bancaria. Antes bien, Freire penetra en los entresijos sociológicos del sistema para revelar sus inconsecuencias y avisar sobre los peligros que hoy acaecen en el sistema más real, el de quien cada día da clases en las aulas. La cuestión docente es, como aduce Rosa María Torres en el prólogo de este ensayo, el tema tabú que rehúye la institución escolar. Por ella entiende Freire la pauperización global de este sector profesional, así como el abandono de la misma por falta de oportunidades y el reclamo necesario de una consideración justa de la dignidad en su oficio. Sucede, como bien razona en estas páginas, que el *magíster* ha bajado muchos peldaños sociológicos hasta convertirse en “tío” en boca de los alumnos o, en la jerga didáctica, en “facilitador” y “gestor pedagógico”. Así pues, en el capítulo inicial titulado “Primeras palabras” Freire se refiere expresamente a la trampa “maestra-tía”. Este juego de palabras le lleva al tema de fondo que más le interesa: el desajuste de foco consistente en evaluar para castigar en lugar de hacerlo para capacitar mejor a las personas. Esta sombra ideológica es la que Freire acusa como causa del malogro de la profesión en actividades dóciles y acomodadas que no dejan cabida para las tareas verdaderamente creativas y científicas desde el amor a la libertad de pensamiento que debieran fundar su trayectoria.

Este libro aterriza en la realidad escolar que no suele aparecer en los libros científicos al uso, ya que estos tienden a maquillar la experiencia didáctica con terminologías estandarizadas que esconden un autoritaris-

mo intolerante con el aprendizaje que convive libremente, imprevisiblemente, con la alteridad.

La primera carta provee reflexiones de gran valor pedagógico para el lector que busque lucidez crítica en el tema de la relación dialógica entre enseñar y aprender, así como sobre aquella lectura que explora ideológicamente el mundo-lectura de la palabra. Freire otorga a la lectura un papel intelectual a la vez exigente y gratificante, pues su pasión requiere perseverancia y un tránsito natural entre las prácticas de leer y escribir. También lamenta que la lectura sea asociada con una obligación cuando realmente es un acto de intimidad que debería ser experimentado como tal sin mecanicismos ni idealismos, desde la conciencia singular de cada cual.

La segunda carta invita al docente a no permitir que el miedo a la dificultad paralice su iniciativa para que su lectura comprometida sirva así de ejemplo a los niños a los que forma. Le sigue la tercera carta con una revisión de la expresión tópica de aquellos maestros que realizan el curso de magisterio por falta de otras oportunidades. “Somos el país del desperdicio” declara aquí en una radiografía sincera de los avatares brasileños, con la esperanza de tomar conciencia de ello para modificar la opinión pública en beneficio de la consideración de la escuela temprana donde formar, como indica la cuarta carta, en las cualidades indispensables para el mejor desempeño de las maestras y los maestros progresistas. En este sentido, alude a condiciones humanas tales como la humildad, la valentía, la tolerancia, la paciencia y la impaciente alegría de vivir, a fin de luchar honestamente para que los derechos más vivos de la docencia sean respetados y encarnados.

La quinta carta se centra en lo que supone el primer día de clase para el educador novel, es decir, el miedo, el sentimiento de inseguridad que este experimenta cuando se enfrenta por primera vez a su tarea, pues a partir de ello existen dos actitudes posibles: la de quien se vuelve inflexible para ocultar su situación emocional, y la de quien lo reconoce ante sus alumnos para mejorar sinceramente creciendo día a día en confianza y valentía. Freire, profundo conocedor del tema desde su sensibilidad laboral en cargos de diversa índole, da valiosas recomendaciones para aprender constructivamente de esta situación, pues al docente le esperan cada día niños afectivamente dañados que necesitan cariño, no palmeta. Y el cariño, advierte Freire, crece educativamente en la infancia de la mano de la imaginación y el diálogo.

La sexta carta aborda el tema de la relación entre la educadora y los educandos. Aboga por vencer las inseguridades que arrastran a aquellos maestros que se dejan avasallar por los alumnos díscolos y dejan que la anarquía impere en el aula, ya que la misión del maestro es otra: está relacionada con el desarrollo de la educación progresista de sus alumnos, aquella que busca la dignidad interpersonal por el aprendizaje. Al respecto, considera elemento clave el cultivo testimonial de las prácticas serias, disciplinadas en el estudio, porque estas honran al maestro y al discípulo y lo preparan en su derecho a soñar con un mundo mejor.

En la coherencia democrática que justifica todo el libro, la séptima carta realza la importancia del cambio de paradigma en las relaciones comunicativas entre profesores y estudiantes para vehicularlos por una política sana, pues ve necesario pasar del hablarle *a* educando a hablarle a él y *con* él, de oír al educando a ser oído por él. En este sentido, la octava carta profundiza en el asunto correlativo de la identidad cultural y la educación, del vínculo entre lo que heredamos y lo que adquirimos. Así pues, la mejor docencia escolar es aquella que se desenvuelve en atención al contexto concreto de los discentes. Y es al hilo de esta cuestión como la novena carta trata el tema de la relación entre contexto concreto y contexto teórico gracias al puente de conocimiento indispensable que proporciona el trato constructivo entre el profesorado y las madres y los padres del alumnado, así como en la necesaria sanidad de la teoría pensada a la luz de la práctica para evitar los males del espacialismo que produciría su tratamiento exclusivo. En los grupos de formación coordinados por Freire se ha observado que la realización periódica de reuniones interdisciplinarias ayuda manifiestamente al crecimiento de esta mentalidad sana, que no separa teoría y práctica sino que las une en el binomio de la “práctica teóricamente iluminada”.

Finalmente, la décima carta se ocupa de la cuestión de la disciplina. El libro deposita en este capítulo toda su coherencia como lo hace el río que llega al mar, pues la disciplina verdadera se gana en ciudadanía, a juicio de Freire, activando todas las cualidades descritas en las cartas precedentes. El epílogo titulado “Últimas palabras” redundando en ello perfilando el proceso de saber y de moverse en el mundo creciendo armónicamente, sin dejar que el saber de las minorías asfixie el crecer de las mayorías. En suma, por su manera ética y crítica de entrañar el camino

de la educación, todo lector, y en especial el que pretende enseñar, encontrará en esta última entrega del célebre pedagogo brasileño un libro indispensable para otorgar lucidez humana a su oficio.

CYNTHIA NATHALY CHOCOBAR
cynthianathaly.chocobar@um.es
Universidad de Murcia, España

